



# Viaggi di Pietro della Valle

## Il Pellegrino

(1586 – 1652)

### I.11.08 – Travesía del desierto hacia el Monte Sinaí.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.  
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez  
[esmeralda.deluis@cedcs.eu](mailto:esmeralda.deluis@cedcs.eu)

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.  
Fecha de Publicación: 5-04-2024  
Número de páginas: 12  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**11ª CARTA desde  
EL CAIRO  
25 de enero de 1616**

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)



Centro Europeo  
para la Difusión  
de las Ciencias Sociales

# **Del VIAJE DE PIETRO DELLA VALLE “IL PELLEGRINO”**

**Primera parte**

## **E G I P T O**



### **CARTA UNDÉCIMA**

desde Egipto, a 25 de enero de 1616

**I.11.08 – Travesía del desierto hacia el Monte Sinaí.**



*Ascenso al monte Sinaí.*

*Estampa de L. Haghe, basada en acuarelas del viaje de David Roberts a Tierra Santa. Londres, 1856*

**11ª CARTA desde El Cairo  
entrega I.11.08  
Travesía del desierto. Hacia  
el Monte Sinaí.**

*En la entrega anterior (I.11.07) el Señor della Valle descubre la lengua de los cristianos egipcios, los coptos, con caracteres griegos, aunque con notables peculiaridades, que Della Valle describe, buscando además la etimología de la palabra copto. Cierra esta entrega con un jocoso comentario sobre sí mismo y algunos héroes que cruzaron la Estigia.*

“...En fin, que tengo la impresión de que no han sido nada desdeñables las adquisiciones que he hecho en Egipto, y si se me permite servirme del estilo de los poetas en la fabulosa descripción que hacen del Infierno, yo bien podría decir que he pasado en la barca de Caronte, he descendido a los infiernos, he salido de ellos, como V.S. bien conoce, a pesar de Plutón y su contrariedad, por así decirlo, al sacar conmigo a tres personas de linaje para ofrecerles el derecho de gozar de la luz del mundo; personajes que serán objeto de mil interesantes estudios que arrojarán luz sobre la verdad de la historia, y las costumbres de los antiguos egipcios. Así pues, yo habré hecho más de lo que jamás hicieron ni Eneas, ni Orfeo, ni Teseo. Pero dejemos estas bromas para centrarnos ahora en las circunstancias de mi viaje al Monte Sinaí, un viaje que espero sea merecedor de vuestra curiosidad...”

**[I.11.08]** Estuve descansando durante tres días, tras mi viaje al lugar en el que nos hicimos con las momias, asunto éste cuya curiosidad atrajo a un buen número de cristianos y de turcos a la casa del Cónsul, en donde yo residía. Todos me aseguraban que, incluso los más avezados e inteligentes en estas materias, jamás habían visto cosa igual, y eso a pesar de que con frecuencia caen en sus manos algunas momias.

*El Sr. Della Valle se dispone a viajar al Monte Sinaí.*

Durante esos tres días las empaqueté, y envié a Alejandría, para que desde allí las trasladasen a *Messina*, tal y como ya os conté anteriormente. Hecho esto, me dispuse también a preparar mi viaje al Monte Sinaí.

Una vez arregladas todas mis cosas, me despedí, llevando conmigo cartas de recomendación del mismo arzobispo que reside en El Cairo, y que me cedió a uno de sus religiosos para que me acompañara, con sus cocheros, a los que había mandado que estuvieran preparados para el catorce de diciembre, día en que me puse en marcha, algo antes del anochecer, avanzando mucho, o así me pareció, durante ese día, antes de salir de la ciudad, una vez ajustadas las cuentas, y cargados los camellos; en lo que esos malditos árabes tardaron todo un día, entre un escándalo ensordecedor y extraños ruidos que no acababan nunca.

*El Señor della Valle se sirve de camellos para ir al Monte Sinaí.*

Montamos en los camellos, porque en esta ruta no se encuentra agua, con lo que otros animales no podrían hacerla sin beber, y para ello habría que acarrearla; algo un poco incómodo. Pero estos camellos de Arabia, pequeños y diferentes a los de El Cairo que llegan a Siria y otros lugares,

pueden caminar hasta tres o cuatro días sin beber, y aunque de vez en cuando se encuentra en el camino un poco de agua, ésta es malísima. Además, como los árabes a los que pertenecen estos camellos son de estas tierras, conocen bien los caminos, y son ellos mismos los que generalmente organizan el viaje; también me da la impresión de que pagan un tributo a los religiosos del Monte Sinaí. En fin, que uno no puede contar con más comodidades para este viaje pues los religiosos los prefieren así. En

*Manda confeccionar una especie de grandes canastas para viajar más cómodamente en el camello.*

cuanto a mí, que no me encontraba demasiado fuerte como para ir sobre un camello expuesto a los ardores del sol y a las injurias del tiempo, como la lluvia, o la nieve, que podrían sobrevenir; quise trasladarme hasta el Monte Sinaí en una suerte de plataforma colocada sobre el camello, una estructura bastante rara en este país, aunque yo las había visto ya usar en los viajes a La Meca y en otros lugares. Esta especie de canastas las colocan cómodamente sobre grandes camellos, y van cubiertas casi como los palios de Italia; pero más bonitos, dorados y bien pintados, además de ir adornados con infinitos detalles. Dos personas pueden acomodarse en su interior bastante a gusto, aunque con las piernas cruzadas, al estilo turco, sin poder extenderlas, ya que estas canastas, aunque anchas, son muy cortas, y yo, que ya me he acostumbrado a sentarme de ese modo, he hallado esta forma de viajar mucho más comfortable; además iba tan cómodamente, que dormía y hacía todas mis necesidades allí mismo.

En este viaje me acompañaba toda mi gente, excepto el señor Vernies, y el servidor del *Capigi*, que se encontraban algo indispuestos; en su lugar, vino de su parte un religioso griego y un orfebre de Malta que me encontré aquí, llamado Dimitrio Chidoni. Le contraté para este viaje, y luego me sirvió de trujimán de la lengua árabe, en lugar del que antes tenía para el turco, el que murió en Alejandría, en donde, en mi opinión, le dejamos allí con buen acierto, porque no nos habría resultado de utilidad en estos lugares en donde es tan necesario el conocimiento de la lengua árabe.

*Escolta que llevaba consigo el Señor della Valle.*

Llevábamos nueve camellos para el transporte de hombres y fardos; algunos asnos más útiles en las montañas y sendas difíciles por las que no podíamos ir en nuestras canastas. Aparte de mi gente, traje conmigo tantos árabes como bestias llevaba, ataviados con sus vestimentas, cimitarras, lanzas, picas y escudos de piel de pescado de lo más elegantes: teníamos a tres o cuatro a los que llamaban *Cafari*, o guías; personas a las que entre ellos tenían en muy alta consideración, pues eran los que mostraban y aseguraban la ruta, y con órdenes del arzobispo de que empleasen mano dura contra todos aquellos que nos impidiesen el camino; pero yo creo, visto lo visto, que si se hubiera presentado la ocasión de emplear sus armas, esa orden les habría resultado bastante inútil, ya que lo más posible es que hubieran sido ellos los primeros en salir huyendo a todo correr; pues lo que es cierto es que durante todo el camino, estos tipos mostraron menos valor que cualquier otro de los que me acompañaban.

Yo ya sabía, antes de salir de Italia, que los caminos en estas zonas eran muy peligrosos, e incluso algunos barrios, dentro del mismo Cairo, así me lo confirmaron, por lo que había previsto que mi gente estuviera en disposición de defenderse en caso de que se diera esa circunstancia; pero los religiosos, que temen que los cristianos cuando van armados maltraten a sus guías árabes durante la ruta, que ellos mismos utilizan todos los días, hicieron todo lo posible por hacernos dejar las armas, diciendo que no nos serían de utilidad, y por eso mismo querían que el *Capigi* se quedara en El Cairo, a lo que yo me opuse con fuerza, insistiendo en que viniera y que cada cual llevara sus propias armas. No obstante, me persuadieron tanto y tan bien, que por consideración hacia ellos hice que dejaran los arcabuces como algo muy excepcional, pero al punto me arrepentí porque hubiera sido más inteligente llevándomelos, ya que no cabe duda de que estas armas, tal y como he podido comprobar, son las mejores para asegurar los caminos, y desde luego, en Arabia, una docena de buenos fusileros podrían batir todo el terreno sin temer a los árabes por muy numerosos que estos fueran. Así que nos fuimos solos, y no quisimos llevar a nadie más en la caravana, para de ese modo marchar más cómodamente, y persuadido de que nosotros solos ya éramos un número considerable, pues dos o tres griegos de mi compañía, con sus camellos, servían mucho más que los árabes; solo el *Capigi* ya valía por dos, y los cinco cristianos que allí íbamos nos habríamos batido contra más de veinticinco.

*Le persuaden de que no lleve armas en este viaje.*

Llevábamos nuestras provisiones para todo el viaje, pues tendríamos que atravesar desiertos, tierras totalmente estériles de las que nada se puede esperar. Cargamos viáticos para un mes, el tiempo que pensamos que nos llevaría este viaje. Os puedo asegurar que no escatimamos de nada, con objeto de ir bien provistos para poder ayudar a los que nos encontráramos en el camino, y prever accidentes que nos pudieran sobrevenir, ya que llevar siempre de sobra es preferible a quedarse corto. No vayáis a pensar que mi avituallamiento era de carne en salazón, de la que habla Belonio, ni de toscas legumbres, o alimentos similares de los que pueden arruinar nuestra salud; salud que yo me afano y mucho en conservar, comiendo cosas que, aunque no sean tan apetitosas, son más saludables. Así que, para no perder la costumbre, hice que transportaran grandes jaulas de mimbre llenas de pollos vivos, con una buena cantidad de cebada en grano y de arroz, una dieta con la que yo me siento perfectamente, tanto en mis viajes por tierra, como por mar, sobre todo cuando se sazona con azúcar y especias, o son guisadas con almendras o con leche y manteca, como acostumbran por estas tierras.

*Lleva una vida de soldado durante toda esta ruta.*

También acarreábamos todos nuestros utensilios de cocina, y siempre al caer la tarde y acercarse la noche plantábamos los piquetes y montábamos la tienda de campaña; encendiendo una buena hoguera con algunas ramas de árboles u otros trozos de madera que habíamos encontrado y recogido en el camino; luego nos preparábamos para cenar, y una vez bien saciado nuestro apetito, nos íbamos a dormir bajo la tienda, aunque eso sí, cada uno sobre su



colchoneta, con buenas mantas que nos mantenían bien calientes. Yo tenía además sábanas; por lo que podía desnudarme e incluso cambiarme de camisa todas las noches. De lo que me arrepentí y mucho fue de no haberme traído el calentador, y es que no me acordé porque en El Cairo al no hacer nada de frío, no lo necesitaba, y se me olvidó por completo agregarlo a mi equipaje; pero la próxima vez no lo olvidaré, y cogeré una buena provisión de carbón de encina para el calentador. De todos modos, por las mañanas, al vestirme, nunca me faltó el que me calentasen mi camisa y mis trajes; tampoco me privé de agua caliente para lavarme la cara, porque por la mañana y por la tarde siempre ordenaba que se hiciera una gran hoguera.

*Su cortés y generosa conducta.*

Los árabes que conducían los camellos habrían deseado y mucho, que esto no se hiciera, porque temían que esas hogueras pudieran verse desde lejos, y que la gente de mal vivir, tal y como ellos dicen, me atacara, ya que, como asustadizos y recelosos que eran, siempre sospechaban de posibles ataques por sorpresa. Me lo suplicaron constantemente, en numerosas ocasiones a través del *Capigi*; pero yo siempre les respondía lo mismo: que yo quería mantener ese fuego, y que los árabes<sup>1</sup> no tenían más que venir, y si lo que querían era algo de comida, pues no buscaban otra cosa, como yo tenía de sobra, se la daría muy gustosamente, pero que si nos atacaban, solo para incomodarnos, yo aconsejaría a los que los cogieran, de que se retiraran voluntariamente. Al *Capigi* le dio vergüenza hablarme de este asunto, y los mismos árabes no volvieron a decirme nada al respecto, al ver que yo tampoco les negaba nada de lo que necesitaban para vivir, y que les daba comida en abundancia, algo que ocupa la mayor



*Todas las noches acampaba en el camino.*

parte del pensamiento de esta pobre gente. De tal modo que cada tarde, después de levantar la tienda, tres o cuatro de nuestros camelleros se alejaban un poco del campamento, por los alrededores, y gritando a pleno pulmón en su lengua, con ciertas palabras y ceremonias usadas entre ellos, decían que, si por allí había alguien, fuera quien fuera, no debían tener miedo de nuestra presencia, que íbamos camino del Monte Sinaí para nuestros asuntos, y que podían acercarse, pues les daríamos de comer, y les trataríamos bien. Esta ceremonia se llevaba a cabo siempre como un pregón público, algo que me llenaba de vida.

Ante este estrépito, una tarde se acercaron a ver unos cuantos pobres desarrapados, que nos inspiraban más compasión al verles, que temor; iban provistos

<sup>1</sup> Aquí, Della Valle, cuando dice “los árabes”, se refiere a los beduinos, como posibles atacantes de las caravanas, que actuaban por sorpresa. (nota de la traductora).

de algunas armas, como jabalinas hechas de ramas de palmera, de esas que se cortan fácilmente con una cimitarra; unos pequeños puñales curvos, los que llamamos gumía<sup>1</sup>, y que hoy en día suelen llevar tanto árabes como por turcos, aunque al parecer esta es una costumbre que viene de muy antiguo, dado que Jenofonte ya lo mencionaba en su época, diciendo que tanto los caldeos<sup>2</sup>, como los lacedemonios<sup>3</sup>, usaban armas similares. También ceñían cimitarras, y los mejor armados iban provistos de arcos y flechas; pero por lo demás... descalzos, medio desnudos, en completo desorden, y lo que me resultaba aún más extraño: cómo podían vivir en estos desiertos, porque sepa V.S. que al salir de El Cairo, por la ruta que hay entre el Mediodía y Oriente, nos adentramos en un desierto, el mismo en el que los hebreos permanecieron durante cuarenta años, y que en ese desierto y en ese paraje, solo se ven tierras resacas y estériles, cubiertas, no de la arena amarilla como la del Sahid, de las pirámides o de las Momias, sino un terreno duro y estéril, ya que jamás recibe humedad alguna, y cuya mayor parte no produce ni una sola hierba, aunque de vez en cuando se encuentren en lugares más húmedos, algunas raíces, como sobre las costas del Mar Rojo, en donde se hallan las fuentes llamadas de Moisés, y que es justo el lugar adonde llegaron los hebreos, tras atravesar el Mar Rojo.

*Recorre los desiertos que los hebreos habían habitado durante cuarenta años.*

Caminamos durante tres largos días en esa terrible soledad sin encontrar nada ni a nadie. Pero, la tarde del 17 de diciembre, al comenzar a divisar a lo lejos una pequeña montaña, avanzamos un poco durante la noche para levantar nuestro campamento al pie de las murallas de una fortaleza llamada Agirud, que los turcos han construido desde hace algunos años por la dureza de esta ruta, y para conservar un gran pozo lleno de agua que hay en ese lugar, y que Belonio menciona, aunque sin hablar de la fortaleza, porque en su tiempo no existía. Como llegamos de noche, saludamos a los soldados que estaban con esa guarnición, y con mucha cortesía, de esa que tanto escasea por estos lugares, permitieron que nos alojáramos junto a sus murallas, y que allí mismo levantáramos nuestras tiendas. Por la mañana, antes de partir, se abrió la puerta, nos invitaron a Café, e

*Todos le colman de atenciones.*

<sup>1</sup> Puñal parecido a una daga, pero rematado en curva. También conocido como "gumía" (nota de la traductora).

<sup>2</sup> Los **Chalybes**, o **caldeos**, mencionados por los autores clásicos, habitaban entre el Ponto y la Capadocia, en el norte de Anatolia. Su territorio era conocido como Caldea, y se extendía desde el río Halys hasta Pharnakeia y Trabzon en el este y, por el sur, hasta el este de Anatolia. Según Apolonio de Rodas, los Chalybes eran los Escitas. (<https://en.wikipedia.org/wiki/Chalybes> - 4/01/2023).

<sup>3</sup> **Lacedemón** o **Lacedemonia** era en tiempos históricos el nombre correcto del Estado espartano.

Homero y Heródoto solo utilizan el primero de estos apelativos, y en algunos pasajes parece referirse a la ciudadela en la parte alta de la ciudad (la Terapna de tiempos posteriores), en contraste con la parte baja de la ciudad, la Esparta propia, a la que hace referencia Tucídides. En la actualidad, Lacedemonia es el nombre de una prefectura griega, también conocida como Laconia. Los lacedemonios fueron el único pueblo griego que poseía un ejército de tiempo completo en la antigua Grecia. (<https://es.wikipedia.org/wiki/Lacedem%C3%B3n> - 4/01/2023).

inmediatamente me hicieron el honor de que pasara adentro de la ciudadela y visitara sus murallas; en fin, que no me ocultaron nada.

Este puesto de aquí, para ser pequeño, está bastante bien construido, a pesar de no estar habitado y hallarse sucio; porque la guarnición de aquí es mediocre y mal pagada, y este lugar, al estar en un extremo del desierto, es igual de estéril, por lo que me aseguraron que todas sus provisiones venían desde El Cairo. El capitán me contó que hacía mucho tiempo que estaba al mando de esta fortaleza, y que a veces pasaban cuatro años sin que vieran ni una gota de lluvia, de donde procede sin duda alguna lo yermo de estas tierras.

*Raramente  
llueve en estos  
desiertos.*

Por fin me despedí del capitán, y esa misma noche dormí junto a las Fuentes de Moisés, situadas a alrededor de milla y media del Mar Rojo. Para llegar hasta las Fuentes tomé el camino grande que lleva todo recto hasta allí, dejando la ciudad de Suez a la derecha, aunque con el propósito de visitarla a la vuelta, cuando pasara de nuevo por las Fuentes de Moisés, que no se merecen la curiosidad de la gente normal. Aunque yo, más versado en el conocimiento de las plantas, pude observar con placer durante mi paseo al día siguiente, unos ejemplares interesantes y raros, ya que me había acostumbrado a caminar todas las mañanas para abrir el apetito, andando un poco y siempre con el mar a la vista.

Nunca nos deteníamos por las mañanas a desayunar para no perder el tiempo haciendo y deshaciendo el campamento, sino que, tras un poco de ejercicio, y sin dejar de caminar, comíamos unos bizcochos, uvas pasas, almendras, dátiles, y cosas parecidas, que me parecían maravillosas, y que me abrían el apetito de tal modo, que os juro que comí alimentos que en otro momento me habrían repugnado.

Cuanto más avanzábamos el panorama era más hermoso, porque comenzamos a descubrir no solo todo el canal del Mar Rojo que habíamos dejado a la derecha al poniente, sino más allá del mar, las montañas del *Sahid*, o del Alto Egipto<sup>1</sup>, en donde yo pude contemplar al atardecer cómo se ponía el sol tras ellas, y entre las que descubrí un espléndido valle, adonde, según dicen algunos, llegaron los hebreos para atravesar el mar cuando les perseguía el ejército del faraón. En verdad, las Sagradas Escrituras nos muestran claramente que [los hebreos] habitaban en el Alto Egipto, y que su paso a través del mar lo hicieron por aquí, ya que cuando se habla de las plagas de Egipto en tiempos del faraón, [las Escrituras] dicen que Dios, gracias a las oraciones de Moisés, hizo soplar un poderoso viento del oeste, que trajo todas las langostas hasta el Mar Rojo, lo que en consecuencia nos hace pensar que estaban en Levante, al igual que donde vivían los hebreos, y el palacio del faraón, en donde Dios mostró su justicia. Porque de otro modo, es decir, si hubieran estado en el Egipto Inferior<sup>2</sup> (¿Bajo Egipto?), con el Mar Rojo

*Lugar por donde  
los hebreos  
atravesaron el  
Mar Rojo.*

<sup>1</sup> El autor aquí dice "Egipto Superior".

<sup>2</sup> Sic.



al mediodía, el viento del oeste jamás habría surtido tal efecto; además, la huida de los hebreos y su marcha atravesando el mar por el medio, la habrían podido evitar, si hubieran querido recorrer por tierra estos desiertos de Arabia, y del lado de Palestina, rodeando simplemente el mar unas cuantas millas, pero el ejército del faraón que iba tras ellos, habría podido ocupar este puesto, único lugar por el que podrían cruzar, y en donde Dios, para librarlos del faraón, abrió un camino separando las aguas, por donde pasaron gracias al milagro más sorprendente que se pueda uno imaginar, y del que hasta los Gentiles tuvieron algún conocimiento, aunque imperfecto, tal y como se puede comprobar en los escritos de Diodoro Sículo, que como pagano que era, lo atribuyó a causas naturales.

*El milagro que hizo Dios para ayudar a los hebreos.*

Pero retomemos nuestro viaje; comenzamos a dejar el mar, siempre a nuestra derecha, en donde encontramos un terreno algo pedregoso, y lleno de natrón y de talco, cuyo resplandor proporcionaba una vista bastante hermosa.

Hacia el veintiuno de diciembre, una vez dejamos atrás las llanuras, comenzamos, poco a poco a encaminarnos hacia las montañas, que en principio no parecían gran cosa, pero cuya altitud iba en aumento poco a poco. Me dio la impresión de que ya andábamos por la Arabia rocosa, cuyo nombre, según dicen unos, proviene de la ciudad llamada *Petra*, capital de los pueblos Nabateos, y según otros, de las mismas piedras y rocas que la hacen yerma; ya que, es cierto que por todas partes solo se ven montañas de piedras duras, las que nosotros llamamos mármol, y con el que se construyeron nuestros obeliscos y otras obras semejantes en Italia.

*Etimología de la Arabia rocosa.*

Estos lugares eran tan estériles como los que habíamos dejado atrás, y aunque bien es cierto que las piedras no pueden producir vegetación, en algunos pequeños y estrechos valles, he encontrado muchas flores y muy bellas entre las altas montañas, y casi parecida a la de *Stretura*, que se puede ver en el camino de Loreto, en donde había un poco de agua y de tierra, he observado que crecen numerosos árboles y palmeras, de los que destilan la goma arábica, y que examiné por curiosidad, encontrándola, tal y como las describe Bellonio<sup>1</sup>. Entre otros lugares en los que he visto agua, había una pequeña fuente natural en una hondonada entre las rocas de ciertas montañas de muy difícil acceso, y que por su belleza habría merecido ser pintada, si hubiéramos tenido la oportunidad de detenernos allí, pero como la víspera de navidad no pudimos tomar por el desfiladero de las montañas a causa de nuestro equipaje, tuvimos que dar un gran rodeo por un camino más ancho que atravesaba algunos valles. Cuando llegamos al otro lado, al Oriente del Monte Sinaí, y nos vimos por fin cerca del monasterio, echamos pie a

*Árboles que destilan la goma arábica*

<sup>1</sup> Pierre Belon (1517-1564) fue un médico, naturalista, escritor, y diplomático francés, que realizó numerosos viajes fuera de Francia con fines académicos. También se lo conoce como Pierre Belon du Mans, y en los escritos que escribió en latín se le llama Petrus Bellonius Cenomanus. ([https://es.wikipedia.org/wiki/Pierre\\_Belon](https://es.wikipedia.org/wiki/Pierre_Belon)) (7-01-2023).

tierra al atardecer, y recorrimos de ese modo el camino que nos quedaba por angostos senderos entre montañas extremadamente altas, de modo que, casi a media hora de caer la noche, y por la Gracia de Dios, llegamos al Santo Lugar.

*El Sr. Della Valle llega al Monasterio del Monte Sináí.*

Encontramos cerrada la puerta del monasterio, y ello a pesar de que el *Caloyer* que venía conmigo se había adelantado hasta allí por la mañana, para advertirles de nuestra llegada; porque estos buenos frailes jamás se atreven a dejar la puerta abierta a causa de los árabes, de los que siempre hay doscientos o trescientos en



*Los árabes de esta zona llevan una vida miserable.*

torno a las murallas del monasterio, y que descendiendo de distintas montañas, incluso de las más lejanas, vienen hasta allí tan solo para obtener algo que comer. De modo que estos *Caloyers* tienen obligatoriamente que proveer de sustento a todos ellos, sean cuantos sean. Ahora bien, esas provisiones se las proporcionan mediante una cuerda, ya que no les permiten entrar al monasterio, y además se hace desde una ventana muy alta, debajo de la que día y noche andan gritando los árabes como poseídos, amenazando frecuentemente, si consideran que no se les ha servido todo lo que esperaban, con romper la puerta, cortar y quemar los árboles, y arrasar algunos de los pequeños huertos que tiene el monasterio en los alrededores, dedicándoles también mil y una impertinencias. Con lo que estos pobres religiosos tienen que hacer gala de una paciencia como la de Job, vista la escasez en la que viven; pero se trata de una antigua costumbre, que en la actualidad es de obligado cumplimiento, porque Mahoma, que según unos era, en un principio, el mulero o el camellero de este monasterio, y uno de esos pobres árabes, al hacerse rico y poderoso en bienes y posesiones, como reconocimiento hacia este monasterio por los favores de él recibidos, obligó a todos los de esta nación y de sus alrededores, a prestar servicio a los religiosos, a condición de que ellos les alimentaran. Y eso es lo que ha dado lugar a esta tradición.

En efecto, algunos hay que frecuentan el monasterio, pero la mayoría de los que allí se llegan no trabajan en nada, y solo son huéspedes inoportunos que solo quieren que les den de comer. En realidad, ésta es una gente tan perezosa e inútil que, por no trabajar, cualquier otra fatiga, como la de tener hambre, o pasar frío o calor, les deja indiferentes. No tienen ni casas, ni vestidos, ni provisión alguna, y aunque tengan alguna tierra buena, no quieren labrarla. Prefieren retirarse miserablemente a las montañas, en grutas casi inaccesibles, errantes por aquí y por allá, como vagabundos contentándose a su suerte, y todos ellos, absolutamente todos, han escogido esta vida con tal de no servir ni obedecer a nadie. Pero como tienen que subsistir, a pesar de no arar ni sembrar, lo hacen a costa de la caridad del monasterio, sin la cual perecerían, y de los monjes, que también lo hacen con objeto de sustraerse

*Solo viven de la caridad de los monjes del Monte Sinaí.*

de sus violencias. Cuando esta gente se encuentra lejos del monasterio, va a buscar comida adonde puede, y si no la encuentran se alimentan de raíces o de hierbajos que hallen al azar. Podrían muy bien desplazarse hasta El Cairo y a otros lugares dentro de la jurisdicción de los turcos, en donde vivirían más cómodamente; pero esto no les importa nada en absoluto con tal de seguir conservando su libertad, y me da la impresión de que no andan muy equivocados: no pagan tributos, ni dependen de nadie; no reconocen ni a jueces, ni a oficiales de la Justicia; los turcos no se adentran nunca en sus tierras, ni pueden ni quieren atravesarlas, porque morirían de hambre, y ya que no existe comercio alguno, el Gran Señor solo se llama “Señor del país”, con el que están muy contentos; de ese modo ellos viven con su independencia, y llevan justo la vida que quieren, haciendo lo mismo que, creo yo, se hacía en el Siglo de Oro, que muchos tanto elogian, y que yo estimo mucho más defectuoso que el nuestro de Hierro, en el que, al menos, los hombres viven como hombres y no como bestias.

*El Prior y los Religiosos del Monasterio reciben al Sr. Della Valle con suma cortesía.*

Cuando llegamos a la puerta del monasterio, ya cerrada, nos encontramos con gran cantidad de estos pobres árabes desharrapados, pero los religiosos al ver que estábamos allí vinieron a recibirnos, nos abrieron la puerta e introdujeron rápidamente todo nuestro equipaje, cerrándola inmediatamente después, según su costumbre. Luego, el Vicario del Obispo vino a darme la bienvenida junto con otros religiosos que, tras hacerme los saludos protocolarios me acompañaron hasta la Capilla en la que se puede ver el fêretro que encierra el precioso cuerpo incorrupto de Santa Catalina, a cuyos pies estuvimos orando. Por fin, me introdujeron en otra capilla, detrás del coro de la Iglesia, en donde Moisés vio la zarza ardiente que jamás se consumía, y que se marcó con una piedra que aparece bajo el altar, mandado construir por Santa Helena, ya que fue ella la primera que ordenó edificar esta capilla, y que el emperador Justiniano encerró después dentro de la gran Iglesia que erigió, junto con el monasterio, a modo de fortaleza, tal y como se puede apreciar en la actualidad, y ya mencionada por Procopio<sup>1</sup> en su época.

*Le regalan con una abundante cena.*

Tras visitar esos Santos Lugares sin haber probado bocado en toda la jornada, me condujeron hasta el refectorio en donde, sobre una gran mesa, aunque sin mantel, se nos dio bien de comer en compañía del Vicario, el único religioso que me acompañó durante la colación como muestra de cortesía; luego, todos me condujeron hasta la capilla que se me había destinado, amplia y hermosa, y construida por los cristianos entre las celdas del monasterio; además me ofrecieron otras celdas para mi gente, tras lo cual se despidieron de nosotros y nos dejaron que reposáramos toda la noche.

<sup>1</sup> **Procopio de Cesarea** (en griego Προκόπιος ὁ Καισαρεύς; en latín, *Procopius Caesarensis*; c. 500 - c. 560) fue un destacado historiador bizantino del siglo VI, cuyas obras constituyen la principal fuente escrita de información sobre el reinado de Justiniano. [https://es.wikipedia.org/wiki/Procopio\\_de\\_Cesarea](https://es.wikipedia.org/wiki/Procopio_de_Cesarea) (14-01-2023).

A la mañana siguiente, para nosotros la fiesta de Navidad, y para los griegos el octavo día anterior a la misma, los religiosos nos persuadieron de no exponernos tan pronto a cansancios excesivos, con lo que estuve visitando el monasterio, muy espacioso, aunque de celdas muy angostas. Está todo él encerrado y rodeado por unas murallas muy altas, como las de un castillo. Un arroyuelo, que forma una suerte de fuente en este lugar, pasa por el medio; dicen que es el mismo en el que Moisés abrevó a sus rebaños mientras pastaban, y que guardaba en la montaña vecina; pero cuando Moisés conducía al pueblo hebreo, errando por el desierto, la escasez de agua era tan grande en estas tierras, que se vio obligado a realizar un milagro extraordinario, haciendo brotar el agua de una roca. No creo que el arroyuelo del que se bebe en el monasterio hoy en día fluya desde aquellos tiempos, sin duda debió tratarse de otro manantial tan abundante como para poder saciar la sed de aquella muchedumbre.

*Descripción del interior del Monasterio.*

En mi recorrido por el monasterio, entre otras cosas, pude visitar veintitrés capillas incrustadas entre las celdas, además de nueve o diez que se encuentran dentro de la iglesia, adonde fui después para asistir a su Oficio, en el que estuvieron presentes todos los religiosos; no convocados por el sonido de la campana, sino por el golpeteo de una especie de martillos sobre barras de madera y hierro, que emiten un sonido grato y armonioso, no muy diferente al del carrillón del Monasterio de Santa Catalina de *Funary*<sup>1</sup>, que se puede escuchar desde la misma Roma.



**Próxima entrega: I.11.09 – Egipto. Ascenso a los montes Horeb y Sináí.**




---

<sup>1</sup> **Santa Caterina dei Funari** es una iglesia de Roma (Italia) en el barrio de Sant'Angelo. La iglesia está ubicada donde se encontraba el Castro Aureo del Circo Flaminio, construido por Cayo Flaminio en el 221 a. C. Antes del siglo XIII, los asientos del anfiteatro semiderruido circundante se usaban para secar las cuerdas fabricadas por los cordeleros (*funari*), de ahí el nombre de la iglesia. Originalmente fue una pequeña iglesia dedicada a Santa Rosa di Viterbo; una basílica de tres naves, llamada "Santa María de Donna Rosa en Castro Aureo", mencionada por primera vez en 1192 en un documento del Papa Celestino III. Fue reconstruida en el siglo IX con una sola nave y dedicada a Santa Catalina de Alejandría, más tarde también llamada Santa Caterina dei Funari. En 1534 el Papa Pablo III concedió esta iglesia a San Ignacio de Loyola, fundador de los jesuitas, que estableció allí un convento para brindar educación a niñas pobres y sin hogar. Unos años más tarde la Compañía se convirtió en Cofradía, y patrocinados por el cardenal Federico Cesi, decidieron reconstruir la iglesia y llamarla "Santa Caterina dei Funari". Las obras fueron realizadas por Guidetto Guidetti entre 1560 y 1564, junto con Giacomo Barozzi da Vignola y Ottavio Mascherino (1524-1606). [https://en.wikipedia.org/wiki/Santa\\_Caterina\\_dei\\_Funari](https://en.wikipedia.org/wiki/Santa_Caterina_dei_Funari) (17-01-2023).